

**Homilía**  
**en el 350º aniversario del nacimiento de**  
**san Luis María Grignion de Montfort,**  
**Mons. Pierre d'Ornellas, arzobispo de Rennes,**  
**Montfort-sur-Meu, el domingo 29 de enero de 2023**

*Primera lectura: Actos 1, 6-14*

*Salmo 22 (21)*

*Segunda lectura: 1 Corintios 1, 17-25*

*Evangelio: Mateo 28, 16-20).*

«Amigos míos,

¿Qué es el amor? ¿Por qué hay amor? ¿Qué es el amor sino el amor que ama por la única razón que ama. Qué es el amor sino, como dice la Tradición de la Iglesia, el bien que se difunde de sí mismo por la única razón de que es el bien.

Este amor siempre está ahí, creciendo en el corazón de una mamá o de un papá, cuando llega un nuevo niño. Este amor también crece en el corazón de un abuelo o abuela cuando un nuevo nieto o nieta viene. Este amor está siempre ahí para asumir con amor la prueba, la dificultad de un niño o de un nieto o de una nieta.

¿Cómo es que este amor en el corazón humano de una mujer o de un hombre no disminuye en función del número de hijos o de nietos? ¿Cómo es que este amor siempre se hace más grande, y se lleva todo hacia uno como hacia otro, que es el hijo, la hija, el nieto, la nieta? ¡Simplemente porque es amor!

### **El amor de Dios en salida**

¡Este es el misterio del amor! Podemos contemplarlo en Dios que es Amor (cf. 1 Juan 4,8). ¿Cómo es que Dios salió de sí mismo, como dice Jesús: «Yo salí» (Marcos 1,38)? ¿Por qué Dios salió de sí mismo enviando a su Hijo y enviando el Espíritu Santo? Simplemente porque es Amor para todos sus hijos que constituyen cada hombre, cada mujer, cada anciano, cada recién nacido, cada niño concebido en el seno de su madre.

Este Amor de Dios por cada uno no disminuye en función del número de niños en su humanidad. En esta humanidad que ha creado por amor, el Amor de Dios<sup>1</sup> - me atrevería a decir - se amplifica por cada uno de sus hijos que viene a la tierra. Más que eso, este Amor asume la dificultad de cada uno de sus hijos: sus pecados y el hecho de que son pecadores.

He aquí que este Amor se difunde de sí mismo y no se deja detener por lo que le es contrario, el pecado. He aquí el gran misterio del Amor que viene de Dios y que, sin cesar, suscita esta «salida» para ir a reunirse con cada hombre, cada mujer, cada niño, cada anciano. Esta es la «salida» del Buen Pastor que va hacia la oveja enferma, dañada, perdida; la toma sobre sus hombros y la lleva de vuelta al redil (cf. Ezequiel 34,12-16). Este Amor está unido a la alegría de haber encontrado a la oveja perdida (cf. Lucas 15,5-7).

### **El amor puro y la evangelización**

---

<sup>1</sup> Cf. Concilio Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia en el mundo de este tiempo, *Gaudium et spes*, 7 de diciembre de 1965, n. 18: «Si el hombre existe, es que Dios lo ha creado por amor y, por amor, no deja de darle el ser; y el hombre vive plenamente según la verdad solo si reconoce libremente este amor y se abandona a su Creador. »

¡Este amor es puro! «Puro amor», oímos a san Luis María hablarnos de él. En primer lugar, el Padre de Montfort reconoce en el Tratado de la verdadera devoción que quien es «infinitamente puro», es Jesús. ¿Por qué Jesús va hasta la cruz? ¿Por qué va hasta el final a buscar al pecador, a abrazarlo y a festejar con él cuando ha sido encontrado, purificado y perdonado (cf. Lucas 15,11-24)? Simplemente porque «Nuestro Señor es infinitamente puro». ¡He aquí el amor, el amor infinitamente puro <sup>2</sup> que es el único que puede unirse al pecador y santificarlo!

En el Evangelio vemos a los Apóstoles que son enviados en misión (cf. Mateo 28,19-20). De hecho, están atrapados en ese amor infinitamente puro que va en busca de cada hombre y de cada mujer. ¿Por qué la Iglesia es misionera? ¿Por qué el Concilio Vaticano II enseña que la Iglesia es misionera <sup>3</sup>? Solo existe «para evangelizar <sup>4</sup>» porque está habitada por el Espíritu Santo, es decir, por el Amor que difunde el Espíritu (cf. Romanos 5,5).

Así, los que participan en esta misión de evangelización - san Luis María pensaba sobre todo en los sacerdotes de su Compañía naciente - es decir, todos los bautizados, «serán, escribe san Luis María, verdaderos apóstoles de los últimos tiempos, a quienes el Señor de las virtudes dará la palabra y la fuerza... Tendrán las alas plateadas de la paloma, para ir con la pura intención de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, donde el Espíritu Santo los llamará, no dejarán después de ellos, en los lugares donde hayan predicado, que el oro de la caridad que es el cumplimiento de toda la ley <sup>5</sup>. »

Así, al celebrar el 350º aniversario del nacimiento de san Luis María, comprendemos que todos somos enviados y que debemos pedir a Dios la gracia de esta «pura intención de la gloria de Dios y de la salvación de las almas». ¡La pura intención de la gloria de Dios en el cuidado del más frágil, del más pobre, del más excluido! La pura intención de la salvación de las almas es el amor que no pronuncia ningún juicio ni palabra que hable mal del pecador que, ciertamente, ha cometido el mal. Porque, ¿de qué se trata? ¡De su alma y de su salvación!

He aquí que la «pura intención» del Apóstol que se inscribe en la «salida» de la «infinitamente pura» que es Jesús, es la salvación del alma. ¿Por qué? Porque el alma siempre tiene un lugar virginal que no es tocado por el pecado, donde Dios habita. Así, la evangelización sólo es verdadera si está habitada por esta «pura intención» de la salvación, es decir, de la expansión de la luz de Dios en el alma.

### **¿Dónde encontrar la pureza?**

San Luis María sugiere entonces que «moriríamos nosotros mismos», en el sentido de que tenemos que morir por nuestros pecados, por «nuestro amor propio», por «nuestra propia voluntad», por todas nuestras justicias que, en cierto modo, están todas manchadas, como dice la Escritura (cf. Salmo 129,3-4). Así, se trata de una muerte a sí mismo como el grano que cayó al suelo y muere (cf. Juan 12,24). Muerto

---

<sup>2</sup> Saint-Louis-Marie Grignon de Montfort, Tratado de la verdadera devoción, n. 78.

<sup>3</sup> Cf. Concilio Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia, Lumen gentium, 21 de noviembre de 1964, n. 17.

<sup>4</sup> Cf. Pablo VI, exhortación Evangelii nuntiandi, 8 de diciembre de 1975, n. 14: Evangelizar es, en efecto, la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Existe para evangelizar. »

<sup>5</sup> Tratado de la verdadera devoción, n. 58. Al evocar «las alas plateadas de la paloma», san Luis María alude al salmo 67,14 donde, según la tradición de los rabinos, la «paloma» representa a Israel. Manteniendo esta tradición, podemos ver también en ella a la Iglesia, y sus «alas plateadas» pueden interpretarse como el tesoro de la fe, de la esperanza y de la caridad, gracias a las cuales volamos hacia Dios

a sí mismo, el apóstol podrá presentarse con «una chispa de amor puro <sup>6</sup>».

En este 350º aniversario, la enseñanza de san Luis María nos invita a pedir esta «chispa del amor puro». En este amor puro ya no hay rastro de retorno sobre sí mismo. Entonces es inútil buscar alegría en el amor que damos. Es un amor gratuito que tiene además la alegría no deseada.

¿Pero dónde encontrar esa pureza? En efecto, san Luis María se pregunta: «¿Es suficientemente grande nuestra pureza para unirnos directamente a él», para participar en su misión, porque en verdad el único evangelizador es Jesús, que es el Evangelio mismo <sup>7</sup>. «¿No es Dios en todas las cosas, igual a su Padre, y por tanto el Santo de los Santos, tan digno de respeto como su Padre? <sup>8</sup>» ¡Jesús, el Santo de los Santos! ¡Fórmula magnífica! La hemos cantado en la Gloria a Dios: «Solo tú eres santo. »

San Luis María sigue preguntándose: «Si por su infinita caridad se hizo nuestro garante y nuestro mediador ante Dios su Padre, para apaciguarlo y pagarle lo que le debíamos, ¿es necesario para ello que tengamos menos respeto y temor por su majestad y su santidad? » ¿Cómo podemos ser puros ante Dios? ¿Es posible estar habitado por este «puro amor» para «salir» a anunciar el Evangelio?

Pues bien, no tenemos otra solución que hacer como los Apóstoles. Todos ellos son pobres pecadores, como atestigua la figura de Pedro, que negó a Jesús. En los once Apóstoles que se mencionan en la primera lectura, vemos solo una cosa, pecadores que son «enviados» (cf. Juan 20,21). Pero he aquí que en medio de ellos, en Jerusalén, en el monte de Sión, está «María, la Madre de Jesús» (cf. Hechos 1, 12-14), que es la toda pura, la Inmaculada. La que es pura puede interceder con los Apóstoles. Ellos saben que su intercesión es llevada por la pureza de María y llega al «infinito puro» que es Jesús.

### **La pureza de María, la Madre**

He aquí que los misioneros llamados «apóstoles», es decir, «enviados», aunque sean pobres pecadores, encuentran su razón de ser en la pureza de María, porque se saben pobres pecadores. «Al verla, escribe san Luis María, vemos nuestra naturaleza <sup>9</sup> pura», no nuestro pecado, sino nuestra naturaleza pura que sale de las manos de Dios. En María vemos nuestra naturaleza pura, que está habitada por el amor puro.

San Luis María nos da una descripción magnífica que nos invita a tener audacia, seguridad, confianza y paz, cuando estamos «en salida», de una manera u otra, cualquiera que sea nuestra misión, en la catequesis, en el acompañamiento de los adultos, en el cuidado de los más frágiles... o más simplemente cuando somos padres o madres con nuestra familia, nuestros hijos, nuestros nietos. Cuando «salimos» para evangelizar, sabemos bien que somos «pobres pecadores». Pero ahora ponemos a María en medio de nosotros con su puro amor y pureza.

Escuchemos a san Luis María: Ella no es el sol, que con la vivacidad de sus rayos

---

<sup>6</sup> El tratado de la verdadera devoción, n. 81

<sup>7</sup> Cf. Pablo VI, exhortación Evangelii nuntiandi, n. 7: «Durante el Sínodo los Obispos han recordado con frecuencia esta verdad: Jesús mismo, Evangelio de Dios (cf. Marcos 1,1; Romanos 1,1-3), fue el primer y el más grande evangelizador. Lo fue hasta el final: hasta la perfección, hasta el sacrificio de su vida terrena». Citado por Francisco, La alegría del Evangelio, n. 12.

<sup>8</sup> El tratado de la verdadera devoción, n. 85.

<sup>9</sup> Tratado de la verdadera devoción, n. 85.

podría deslumbrarnos por nuestra debilidad; pero es bella y dulce como la luna, que recibe la luz del sol y la tempera para hacerla conforme a nuestro pequeño alcance. Es tan caritativa que no desalienta a nadie de los que piden su intercesión, por pecadores que sean; porque, como dicen los santos, nunca se ha oído, desde que el mundo es mundo, que nadie haya recurrido a la Virgen con confianza y perseverancia, y haya sido rechazado. Es tan poderosa que nunca ha sido rechazada en sus peticiones; no tiene más que aparecer ante su Hijo para rogarle: inmediatamente concede, inmediatamente recibe; siempre es vencido amorosamente por [...] las oraciones de su amada Madre <sup>10</sup>. »

Así, los que deseamos llevar el Evangelio de una manera u otra por el amor a los más pobres, por el amor a todos, anunciándoles el Evangelio del Señor Jesús, pidamos la gracia de saber poner con nosotros, de «tomar en casa», como dice san Juan (cf. Juan 19,27) María, la pura. Si la tomamos en nuestra oración, nos purificará. La toda pura es purificadora porque es «madre» ante sus hijos (cf. Juan 19,27). Así recibimos, como dice san Luis María, «la unción del amor puro <sup>11</sup>». «Hay que señalar -escribe-, que nuestras buenas obras que pasan por las manos de María reciben un aumento de la puridad <sup>12</sup>. »

Haciéndonos eco de san Luis María, en este año del 350º aniversario de su nacimiento, escuchamos la pregunta que se hace sin cesar la patrona de las misiones, santa Teresa del Niño Jesús: «¿Está bien en mi corazón el amor puro? » Ella lo contempla en Marie <sup>13</sup>.

Pidamos unos por otros la gracia de amar. Pidamos a san Luis María y a santa Teresa que nos obtengan la gracia de amar cada vez más, porque sólo cuenta el amor. Sobre todo, encomendémonos unos a otros a la maternal intercesión y a la maternal presencia de la que es toda pura, María, la Inmaculada Concepción, para que no tengamos miedo de nuestros pecados que empañan nuestro amor. Que ella nos haga confiados y audaces para que nos atrevamos, con nuestro amor, a amar cada vez más porque tomamos en nuestra casa a María que hace nuestro amor un poco más puro, un poco más desinteresado, un poco más conforme al amor evangélico, un poco más humilde, un poco menos orgulloso. Que así, con este amor, podamos dar nuestra vida por amor. Que nos convirtamos en apóstoles habitados por la pura intención de la gloria de Dios y de la salvación de las almas».

¡Qué hermoso es desear esta pureza interior! Solo podemos desearlo porque recibimos a María como Madre, porque la llevamos a casa. Así, sin temor, podemos ir adelante para amar como Jesús, que es el «infinitamente puro», nuestro Salvador. Amén. »

---

<sup>10</sup> Tratado de la verdadera devoción, n. 85.

<sup>11</sup> Cf. Tratado de la verdadera devoción, n. 154.

<sup>12</sup> Tratado de la verdadera devoción, n. 172.

<sup>13</sup> Cf. Santa Teresa del Niño Jesús, Poesía ¡Por qué te amo, oh María! mayo 1897, estrofa 5: «El tesoro de la madre pertenece al niño/ Y yo soy tu hijo, oh querida Madre/ ¿No son tuyas tus virtudes, tu amor?»